

## ALLENDE: PRESENTE EN EL FUTURO

*Luis Jerez. Abogado, diplomático, dirigente nacional del partido socialista de Chile.*



Poco después del asalto de los generales, Gabriel García Márquez sentenció: "Allende murió defendiendo toda esa parafernalia apolillada de un sistema de mierda que se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro".

El juicio precipitado, que muchos compartieron, expresaba más la ira y la exasperación de un combatiente derrotado, que la serena dimensión del formidable significado de aquella muerte. No obstante, la irritada afirmación nos coloca en el centro de una interrogante que debe ser despejada.

Restringir el sacrificio a la cuadratura limitada del heroísmo es temerariamente insuficiente. Aislarlo en la implacable concreción de una decisión reiteradamente anunciada es despojar el hecho de su esencia trascendente y arrebatarse a Allende la razón de su vida. La decisión no es impuesta en el juego azaroso de una instancia dramática, no es una respuesta desesperada que se improvisa en el marco confuso de la tragedia que empezaba a oscurecer la Patria. Es un acto frío, racional, presentido y autorreclamado como la culminación consecuente de un ciclo vital. Es la decisión de

un conductor que afirma su presencia en las luchas del futuro.

Digamos que la opción por la muerte está anticipada por su vida. La prefiguran los perfiles que diseñaron su condición de hombre y de luchador social, el respeto que se tenía a sí mismo y, sobre ello, la fuerza de sus convicciones y la seriedad de los planteamientos que había hecho al pueblo. Lo había anticipado y su afirmación no fue el arresto arrogante de un demagogo. No sería un mandatario en el exilio de aquellos que deambulan entre el buen pasar, los trajines conspirativos y el aguardar paciente de tiempos mejores. La subversión uniformada le ofreció la vida. Ya entonces no entendía nada. Sabían sí, que su muerte los perturbaría, y lo ha hecho durante catorce años.

No había en Allende un solo rasgo que anticipara una vocación de mártir. Amó la vida, la saboreó simplemente en cada instante, en el combate cotidiano, en el vértigo de cada nuevo desafío y en las horas de solaz. Es ello lo que le otorga a su sacrificio un más alto grado de valor y generosidad. "Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo". Lo dijo esa mañana de septiembre. Había aprendido tempranamente el valor de la lealtad. Del pueblo recibió y al pueblo en-

Cauce núm. 115, Santiago. 6 al 12-VII-1987.

tregó lealtad. Mientras en otras latitudes, los líderes populistas que encendieron las esperanzas de la América morena naufragaban en la tradición, Allende maduraba en la consecuencia. Fue receptivo al cambio social, al proceso renovador que bullía incesantemente en el trasfondo de la sociedad latinoamericana. Supo apresurar el paso cuando la Historia caminó más rápido. Cuando la revolución cubana —treinta años atrás— se transformaba en un test de consecuencia para el reformismo continental, Allende aprehendía su significado profundo.

La lealtad a la que ofrendaba su vida, plasmaba una siembra larga, paciente, duramente trabajada. La conquista del gobierno en 1970 no fue una ironía del azar, explicable por “la ley de las sorpresas”, como alguna vez lo afirmara Regis Debray. El éxito electoral de las fuerzas del cambio estuvo determinado por un complejo de variantes que entretijeron, en la lenta evolución del país, las condiciones que lo hacían inevitable. La alternativa negada por la ortodoxia y el escepticismo, se fue construyendo pacientemente sobre una realidad nacional singular que incorporaba a una estructura económica atrasada, de profundas desigualdades sectoriales, dimensiones políticas y sociales que no se daban en otras latitudes del subdesarrollo. Desde luego, un movimiento obrero sólidamente estructurado, con una larga tradición de combate y una resuelta voluntad de poder, al cual se alineaban en una decidida demanda de transformación social, un amplio espectro de sectores postergados. El movimiento popular no fue una ola de irrupción súbita, en el horizonte nacional. Era una fuerza secularmente acumulada. Un patrimonio de ideas, sentimientos y aspiraciones enclavado en el subsuelo de la conciencia nacional. Hay una demanda irrenunciable de transformación social, de libertad, de afirmación soberana y de democracia; demanda que catorce años de dictadura, lejos de abrogar, reproducen con más resuelta insistencia.

### *Un demócrata cabal*

La tarea suspendida se replantea en la reconstrucción del país, con renovada exigencia. Ayer, con Allende a la cabeza. En las luchas venideras, tras el legado político que emerge de su vida y de su muerte. El país degradado, ha tensado en el tiempo negro sus desniveles socio-económicos, reivindicando hoy —más que antes— la bandera de una justa redistribución del ingreso en favor de los desposeídos. Está pendiente la aspiración colectiva de cientos de miles de campesinos victimados por la explotación centenaria. Se reformula la necesidad de construir un país soberano, cuyas riquezas accedan al bienestar de su pueblo.

El movimiento popular, con Allende a la cabeza, reivindicó para la nacionalidad un valor profundo que emerge con extraordinaria dimensión cuando se le confronta con el nacionalismo estrecho, de arenga cuartelaria, que la dicta-

dura ha rescatado en su discurso político y en su quehacer demoledor. Chile ha sido destrozado “como un asno muerto” para entregarlo a la voracidad de la burguesía nativa y de los consorcios extranjeros.

Esta es la semilla que, como lo anticipara en su oración postrera, no pudo ser segada. Es la que esparció en su largo peregrinar por los caminos de Chile y cuya supervivencia cauteló al inmolarse.

¿Qué hay heroísmo y consecuencia en su muerte? Por cierto. Pero hay muchísimo más que eso. Allende entregó la vida por la democracia sin cuyos atributos estimaba el socialismo inimaginable. En su tranquear por la Historia de Chile, había llegado a entenderla como un logro del progreso de la humanidad, una conquista del hombre —incesantemente enriquecida—, un valor estratégico, irreversible e irrenunciable. Pero muere también por el socialismo, que recoge las conquistas políticas de la buerguesía para otorgarles —en un estadio superior— la plenitud de su sentido humano. La constitución y la ley, que se había comprometido a respetar como jefe supremo del estado, eran el símbolo de la democracia, pero a la vez constituían el marco preciso de aquel “segundo modelo de transición al socialismo” en cuya legitimidad moral y revolucionaria había puesto su fe.

Allende se instala en La Moneda para defender el poder que la nación le había conferido. Algo más que un detalle escénico. El palacio es el símbolo de la constitución, expresión formal “del sistema de mierda que se había propuesto destruir sin disparar un tiro”. Y en aquel instante fue más revolucionario que nunca. Es la burguesía soliviantada la que, a cara descubierta, se ve forzada a violar su propia constitución y a destruir la forma de Estado que había creado, para salvar su injusto contenido de clase. Allende no fue un teórico. Fue un agitador, en el sentido riguroso del término. Un conductor que es capaz de aprehender la infinita potencialidad de las masas, sus aspiraciones, sus aptitudes creadoras. No obstante, a diferencia de otros grandes agitadores sociales del Continente, aporta un ideario vigoroso y coherente. En términos sociológicos, hay “un pensamiento”, preservado y rescatado, hay un conjunto de ideas-fuerza que no se agotan en el ciclo de su existencia y que seguirá animando los tiempos de construcción.

El “pensamiento” de Allende, su aporte formidable a la utopía vigente es el diseño de una “vía al socialismo” y una concepción de sociedad que se reconoce en las especificidades de Chile, que se enraíza en su realidad concreta, en su historia, en sus tradiciones, en la idiosincracia de sus gentes. Allende anticipó respuestas al generalizado debate contemporáneo sobre la democracia, las modalidades de la transición, el rol del partido y el tipo de estado que servirá de continente institucional a la nueva sociedad.

En estas respuestas, que Allende va plasmando en el marco de la práctica del conjunto del movimiento popular, se encuentran los lineamientos centrales que diseñarán una

“Allende entregó la vida por la democracia sin cuyos atributos estimaba el socialismo inimaginable. En su tranquear por la historia de Chile, había llegado a entenderla como un logro del progreso de la humanidad, una conquista del hombre —incesantemente enriquecida—, un valor estratégico, irreversible e irrenunciable. Pero muere también por el socialismo, que recoge las conquistas políticas de la burguesía para otorgarles —en un estadio superior— la plenitud de su sentido humano”.

nueva izquierda, reconstituida en el compromiso pleno con el contenido y las reglas de la democracia, recreada en una fase superior y potenciada para reasumir la conducción política que adeuda a los trabajadores chilenos.

La renovación del socialismo chileno tiene la impronta del aporte de Allende. Hemos redimensionado los valores de la democracia que en la reflexión del antaño parecían difusos y postergados. La objetividad de sus limitaciones en el marco de la sociedad capitalista, apuraban una percepción desdeñosa que ignoraba su existencia como un producto del progreso de la humanidad y de la lucha de los pueblos.

El extraordinario mérito de Allende es haber hecho de su acción política un testimonio vital de la necesidad de compatibilizar, práctica y teóricamente, la democracia y el socialismo. Quiás sea ésta la parte más importante de su legado político. El socialismo chileno lo ha recogido y hoy se reconstruye resueltamente —a despecho de un presente formalmente fragmentado— en esta definitoria redimensión de los valores democráticos.

El proyecto social que Allende impulsó como mandatario, “la segunda vía” como algunos la denominaron, se reconoce en la recusación de la fatalidad de la conmoción violenta, en el rescate del pluralismo político como elemento intransable y en la participación plena de las grandes mayoría nacionales en el proceso de construcción socialista. Esta “segunda vía” no es una inspiración de laboratorio, ni un capricho de combatiente. Hay una lúcida percepción de lo que hay de específico y singular en la realidad de Chile, de lo que hay de propio y diferenciador en el contexto latinoamericano, y más precisamente, en la existencia de una vocación democrática, presente en la dilatada evolución política y social del país y que el golpe militar fracturó brutalmente. En el primer mensaje al congreso Nacional, Allende explicitó el marco, geográficamente restringido, de su concepción: “Chile es la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición al socialismo”.<sup>1</sup> Más tarde, precisaba así la opción asumida: “consecuentes con lo que ha sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria, profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con las estructuras jurídicas que el país se ha dado, no sólo manteniendo, sino ampliando, las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas”.<sup>2</sup>

Pudiera sostenerse que la derrota política de 1973 clausuró la “vía allendista” como opción histórica. La afirmación, producto del desaliento, fue reiterativa en el tiempo inmediato al golpe militar. Algunos —dentro y fuera del país—, se habían anticipado a cancelarla. Los custodios de la ideología codificada, habían denunciado la experiencia encabezada por Allende como una mera expresión de reformismo estatal. El “izquierdismo”, que hizo una faena demoledora, recusaba la “vía inédita” en tanto ésta se negaba a reconocerse en las concepciones talmúdicas. Otros, más tarde, inferirían del desenlace sangriento, un definitorio test de inviabilidad.

Nuestra lectura es diversa. Este largo tiempo “uniformado” no invalida el aporte sustantivo de Allende al pensamiento revolucionario. Por el contrario, a la sombra del terror institucionalizado, se reformula con renovada vigencia, una percepción de futuro, realista y utópica a la vez, una heréjica quizás, que diseña un camino al socialismo que no se reconoce en modelos pre-existentes.

## *Un Legado que obliga*

Desde esta perspectiva, nos parece inútil y mezquino cualquier intento de instrumentalización de la figura y el prestigio universal de Allende que ignore la fuerza y validez de sus convicciones. En los días que corren, esta instrumentalización ha sido recurrente. Se agita su nombre desde posiciones y trincheras que antagonizan la médula de un cuerpo de concepciones expresado en una reflexión sostenida y en una práctica política consecuente. Desde luego, es un abuso irritante el que se le rescate para cohonestar alternativas violentistas que se ubican en la antípoda de su pensamiento.

El legado de Allende es inalterable. La coherencia notable de su discurso y de su acción no dejan margen a la exégesis. Y es la fuerza de sus convicciones la que le permite enfrentar la muerte con la serenidad con que él lo hizo.

En su mensaje final no hay frustración ni desaliento. No hay el sentimiento de fracaso, la percepción dolorosa de haber arado en el mar que tortura el adiós de Bolívar. Se mantiene intacto el hombre, el patriota, el humanista. Inconmovible su fe en Chile y en su destino. Inconmovible la convicción de que otra generación de combatientes “superará el momento gris y amargo” y que “el hombre libre” retomará la búsqueda de una sociedad más justa.

Han transcurrido catorce años y empiezan a “abrirse las grandes alamedas”. La noche empieza a disiparse, se aflojan las ataduras del temor y el cuerpo social empieza a sacudir el letargo prolongado y a tomar conciencia de los abismos de indignidad a que fue arrastrado. Para aplastar la utopía, la burguesía chilena debió demoler 150 años de evolución política y aventar todos los valores históricos que se acuñaron en su decurso. Tuvo que hacer explotar, hasta sus cimientos, la organización estatal que se había creado bajo su hegemonía social. Durante tres lustros se ha ideologizado el crimen y se ha llegado a proveerle una justificación doctrinaria. Con cargo a la noción de “las fronteras internas”, las fuerzas armadas asumieron la necesidad de una guerra contra su propio pueblo, negándose a percibir la drástica demanda que hierve en el subsuelo de la miseria y que la voracidad del “chicaguismo” se ha encargado de exacerbar. Con increíble ceguera histórica, los hombres de uniforme han terminando por distanciarse de la sociedad civil, autoasignándose la tutoría de la nación interdicta. Lentamente, han devenido en un compartimiento lejano y solitario, que se enclaustra en el sonambulismo de un poder que, perdido el último vestigio de autoridad, se agota en la fuerza. pero también se agotan los tiempos de la fuerza. En nuestros días, la percepción de una “cultura de muerte” que se materializa en la cotidiana violación de la vida, está haciendo apremiante, lo que el subconsciente colectivo quería evitar; mirar hacia atrás y horrorizarse al descubrir el mal.

Y en el despertar estará Allende.

## NOTAS

- 1) Primer Mensaje al Congreso Nacional. 21 de Mayo de 1971
- 2) Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Desarrollo (UNCTAD), 13 de Abril de 1972